

CIEN AÑOS A VUELA PLUMA

Para empezar una cita:

El 7 de Septiembre de 1987 inaugurábamos en Laredo un Congreso sobre Polinomios Ortogonales. Voy a comenzar reproduciendo las palabras que pronuncié entonces en la presentación de aquel encuentro.

“Mi primer contacto con los Polinomios Ortogonales coincidió con mi primer encuentro con el Prof. Vigil. Fue en Enero de 1967. En aquella fecha tomó posesión y se incorporó a la Cátedra de Análisis Matemático de la Universidad de Zaragoza, donde yo cursaba el segundo curso de la Licenciatura. Me cabe el honor por tanto de haber sido su primer alumno allí. A los pocos días de su llegada le hice una visita en su despacho (he de decir que lo primero que nos hizo saber en clase tras su saludo fue que la puerta de su despacho estaba siempre abierta a los alumnos. Y en efecto así permaneció sin reservas hasta su despedida). Fui a consultarle algunas dudas que me habían surgido al estudiar la asignatura y entre ellas figuraba un ejemplo de aplicación del método de ortogonalización de Schmidt a uno de los casos más sencillos de espacio pre-Hilbert. Al verlo me dijo: *“está Usted calculando los Polinomios de Legendre”*. Al cabo de los años este incidente es uno de los recuerdos que conservo con más claridad y con mucho cariño. Desde luego fue determinante, sin saberlo entonces, en mi devenir posterior.

A partir de entonces mi vida profesional ha estado íntimamente unida a la persona de Luis Vigil. Toda mi formación matemática posterior ha venido de su mano y se la debo a él. Pero también he aprendido de él gran cantidad de cosas ajenas a la Matemática y puedo presumir de que me une a él una profunda amistad.

Muchos y muy buenos han sido los discípulos de Luis Vigil. Y sin duda la presencia aquí de los grupos de trabajo en diversos temas de Polinomios Ortogonales se debe por completo a su persona. En los poco más de veinte años que han pasado desde que llegó a Zaragoza se ha ocupado de la dirección científica de todos nosotros y ha mantenido su colaboración y ayuda en los caminos que posteriormente cada uno ha seguido. Bien puede decirse en consecuencia que para hablar en España de Polinomios Ortogonales hay que referirse necesariamente a la figura de Luis Vigil.

Quisiera señalar (ya que me parecen lugar y ocasión oportunos) que gran parte de mi trabajo al lado del Prof. Vigil ha tenido lugar aquí en Cantabria. Pues a Santander venía y sigue viniendo a pasar sus vacaciones veraniegas (a veces me ha dicho que toda su vida ha veraneado en Santander). En los años en los que yo hacía la tesis doctoral, y aún algunos después, tenía yo el atrevimiento de venirme a Santander a robar al maestro sus horas de descanso para dedicarlas al trabajo que yo estaba realizando. Fueron varios los veranos en que disfruté de su ayuda y consejo y siempre era recibido cariñosamente. El destino hizo que al cabo de los años viniera yo a parar a la Universidad de Santander de donde supongo que ya no me moveré nunca.

Por todas las razones expuestas, cuando se me propuso la organización de este Congreso de Polinomios Ortogonales en Cantabria me tomé la tarea con una gran ilusión y me pareció que era la ocasión oportuna para rendir un homenaje al hombre que ha hecho posible que en nuestro país tenga sentido celebrar reuniones científicas en torno a este tema. Quiero en consecuencia dedicarle este acontecimiento. En nombre de todos, muchas gracias D. Luis.

Os ahorraré el resto de las palabras de la presentación porque se referían a cuestiones que hoy no vienen al caso. Por tanto fin de la cita.

Sí añadiré sin embargo que aquel día citaba por distintos motivos a dos personas muy queridas para mí, y al releerlo ahora me ha parecido oportuno mencionarlas ya que tienen que ver con la conmemoración que hoy hacemos y sin duda hubieran estado aquí entre nosotros. Me refiero como habréis supuesto a José Luis Rubio y a Chicho Guadalupe.

He querido comenzar con esta mención al Congreso de Laredo porque aquel momento coincide en el tiempo con un cambio de inflexión en la vida de Luis Vigil. Muy pocos días antes teníamos preparada la inauguración del congreso con su intervención, pero en el último momento surgió algo que le obligó a dar por concluida su estancia en Santander y ya no pudo asistir. Ese verano fue el último que pasó en Santander, al año siguiente ya no volvió. Hasta entonces se había enfrentado con decisión y fortaleza a los problemas que había encontrado en el desarrollo de su actividad a lo largo de una época difícil y complicada, ahora afrontaría otros de naturaleza bien distinta.

Antes de continuar me gustaría hacer una reflexión. Desde que nació Luis Vigil ha pasado un siglo. En esta centuria la ciencia, la tecnología, las costumbres y la sociedad en todos sus aspectos han evolucionado mucho más que en el resto de la historia de la humanidad. Por eso algunas de las cosas que voy a contar no siempre podrán ser contempladas, juzgadas o valoradas con los parámetros de hoy. Seguramente esta observación no era necesaria, pero ahí queda.

La vida de Luis Vigil se encuadra como he dicho en una época difícil. Creo recordar que nació en Barcelona. Tiene ya 17 años cuando se instaura la República, pasa la guerra civil con veintitantos años, luego los duros y difíciles momentos del franquismo inicial, su emigración a Venezuela, el regreso, la monarquía.... No me atrevería a decir que fue un hombre marcado por su época porque su potente personalidad no era fácilmente influenciable por nada ni por nadie, pero sin duda alguna algún efecto debió tener sobre él el ambiente en que vivió. Decía Angel Palacio (lo escribió en el libro homenaje a Vigil y a mí personalmente me lo dijo en muchas ocasiones) que Vigil era un hombre de principios. Veo ahora que acertadamente Manolo Alfaro hace mención a ello en el título de su charla. En una ocasión se lo comenté al propio Vigil y me contestó: *"Pues tenga en cuenta que mis principios son bélicos"*. Ciertamente siempre presumía de haber nacido un dos de mayo del año en que se desencadenó la que entonces se llamó la gran guerra. Creo que esta calificación de Luis Vigil como hombre de principios requiere un cierto análisis o por lo menos algunas matizaciones. De lo bélico quedó solamente su forma decidida y valiente de luchar por todo lo que creía justo. Por otra parte, no cabe duda de que se trata de un hombre con una personalidad acusada y con unas convicciones de algún modo intocables. Pero también es cierto que lo estricto de esas convicciones en su forma de actuar no se proyecta a la hora de juzgar al prójimo. Me voy a referir a algunas de las muchas conversaciones que mantuvimos a lo largo de los años para tratar de justificar esta afirmación. Sentía veneración por su maestro Barinaga del que me hablaba en muchas ocasiones y del que refería, aparte de su faceta profesional, anécdotas sobre su vida sentimental que no me atrevo a comentar en público pero que sin duda nos divertirían, como por ejemplo la compañía elegida y la forma de disfrutar de sus merecidos descansos. Pues bien, en ningún modo hacía estos comentarios en sentido crítico sino como puras anécdotas, y desde

luego el pensar ni por lo más remoto un comportamiento semejante en Vigil es equivalente a la cuadratura del círculo. Cosas parecidas me contaba de San Juan, del que creo que fue ayudante, sólo en tareas científicas claro. O de las varias familias, o mejor casas de familia, que algunos compañeros de la Universidad venezolana tenían. “*En los libros de familia de Venezuela, me contaba, hay una página que reza Esposa, si pasa Usted a la siguiente verá Primera concubina, luego segunda, etcétera*”. Nunca supe ni quise comprobar si eso era rigurosamente cierto o simplemente me lo refería en plan irónico para ilustrar sus afirmaciones sobre aquellos comportamientos, porque siempre gustaba usar de una fina ironía. O, en otro orden de cosas, las formas adoptadas respecto a los alumnos por algunos profesores, estos de su época de Madrid, que por otra parte gozaban de su valoración y aprecio. Y no hablemos del respeto con el que trataba las opiniones y convicciones de los demás aunque estuvieran en las antípodas de las suyas.

Es muy poco lo que conozco de Vigil hasta la década de los cincuenta. Creo que pasó la guerra civil en Madrid en algún destino relacionado con la transmisión o captación y descifrado de mensajes telegráficos, puede ser que en algún servicio de inteligencia o algo parecido, pero esto no son más que conjeturas mías que no podría confirmar con exactitud. Lo que sí me consta es que era funcionario de telégrafos, puesto al que razonablemente debió acceder durante la República antes del golpe militar del 36, y que hizo la carrera de Ciencias Exactas posteriormente mientras seguía trabajando en Telégrafos. Luego obtuvo el Doctorado en la Universidad Central que era entonces la única que podía expedir el título. En 1959 fue contratado por la Universidad Central de Venezuela y residió en Caracas hasta 1967, año en que regresó y se incorporó a su Cátedra de Zaragoza, donde le conocí.

Dejó en Venezuela un recuerdo impecable debido a su ejemplar comportamiento, compañerismo y saber estar, y a la magnífica labor realizada a lo largo del tiempo que allí estuvo. Me consta la valoración unánime de la misma por sus alumnos de entonces. A uno de ellos, luego personalidad relevante y profesor de aquella Universidad de Caracas, tuve la oportunidad de conocerlo en los años 80 y constatar

por sus manifestaciones la magnífica opinión que tenía del profesor Vigil.

Venezuela a su vez también dejó muchos recuerdos en él. Supongo que la mayoría buenos, pero algunos impresionantes y sorprendentes para la mentalidad de entonces de este lado del océano. Ya he mencionado de pasada el amplio concepto de familia en aquella sociedad. Por otra parte, aunque el ambiente de inseguridad ciudadana no era todavía comparable al que nos cuentan hoy quienes visitan Caracas, algunas anécdotas que me contaba no tienen desperdicio. En las calles de Caracas había un día una balacera entre los estudiantes y la policía. En determinado momento Vigil y otros compañeros se encontraban en la puerta de la Facultad esperando una tregua en el combate para poder salir. En esto algún alumno los vio y gritó. ¡Que salen los profesores! ¡Alto el fuego!. Y cesaron los tiros por ambos bandos. Cuando los profesores quedaron lejos del alcance de los disparos se reanudó la contienda.

En Venezuela coincidió con otros profesores españoles. Allí estaban entonces Aldanondo, al que señoritas de moral relajada saludaban por su nombre de pila (Adiós Inocencio!). Gallego Díaz, que murió en un accidente de un taxi en el que viajaba, y en el que el policía que levantó el atestado y certificó su fallecimiento aprovechó el viaje para quedarse con el dinero que encontró en su cartera y que ya no iba a necesitar. Tuve la oportunidad de conocer en los años 70 a una hija de éste, Soledad Gallego Díaz, prestigiosa periodista, con la que hablamos de todas estas cosas. Salvador Velayos, al que ya conocía de los años de la guerra en Madrid donde, mientras Vigil descifraba los mensajes, Velayos diseñaba el funcionamiento de las sirenas para alertar de los ataques aéreos. También pasaron por allí quiero recordar, Gaeta, Mariño y algunos otros que mi memoria ha perdido. Pero sobre todo Angel Palacio. Fue éste quien lo fichó para la Universidad de Venezuela por indicación del maestro común José Barinaga. En aquel momento Vigil y Palacio aún no se conocían. Angel Palacio había sido condenado a muerte tras la guerra civil por su participación como Oficial del ejército republicano. En 1947, cuando se encontraba en la cárcel de Burgos, por presiones del gobierno de Caracas fue liberado y huyó a Portugal donde la embajada venezolana le dio cobijo y lo trasladó a

Venezuela. Palacio acabó convirtiéndose en un símbolo de la Universidad Central de Venezuela. Citaba Vigil las palabras de alguien que decía “Si Palacio no existiera habría que inventarlo”. Hicieron una gran amistad durante el tiempo que Vigil permaneció en Venezuela. Años después volvieron a encontrarse. Palacio no regresó a España hasta que hacia 1973 y con su pasaporte venezolano, tuvo las garantías suficientes de no ser molestado por las autoridades españolas, de lo que Vigil se había ocupado. Fue el propio Vigil quien lo recibió a su llegada a Barajas. Luego, cuando la Facultad de Química de la Complutense encargó a Vigil que pusiera orden en la enseñanza de las matemáticas para los químicos, éste lo incorporó a la docencia allí, donde permaneció durante los años siguientes en los que fui yo mismo a sustituir a Vigil, que volvió tras este breve paréntesis a la Catedra de Zaragoza. Tuve entonces una estrecha relación con Angel Palacio y muchas cosas podría contar de él, pero tendrá que ser en otra ocasión. Hoy no hemos venido aquí para eso.

Así que volvamos al momento en que Vigil llegó a Zaragoza. O mejor un poco antes. Una vez que tomó la decisión de concursar a la Cátedra de Zaragoza, que había sido convocada, le llamó Pedro Abellanas, quien le sugirió que no se presentara esa vez y esperara a la próxima que iba a convocarse de inmediato (esto me lo contó el propio Vigil aunque no recuerdo cual hubiera sido esa próxima si es que estaba prevista). Lo que parece ser que ya estaba decidido era el candidato que debía ir a Zaragoza. Pero la respuesta fue contundente: *“He venido para cumplir con mi conciencia, con mi familia y con mi país. Y no habrá próxima vez.”* Conociendo a Vigil no tengo la menor duda de que así hubiera sido. De esta forma se celebró el concurso con normalidad y afortunadamente a la vuelta de las vacaciones de Navidad del curso 66-67 ya lo teníamos en Zaragoza.

Cursábamos algunos de los presentes la asignatura de Análisis 2º, que nos había impartido Rodríguez Vidal el trimestre antes de las navidades. Al final de ese trimestre nos había hecho un examen tipo test que había que contestar, siguiendo sus indicaciones, con monosílabos. A mi edad, al menos en mi caso, uno ha olvidado casi todo, pero tiene recuerdos puntuales generalmente intrascendentes que sin saber por qué han quedado anclados en la memoria. Uno de ellos es

una de las cuestiones de aquel test, que decía: “el extremo superior pertenece al conjunto”. Había que contestar con monosílabos y yo no supe hacerlo ya que tanto el “sí” como el “no” son correctos o incorrectos dependiendo de cuál sea el conjunto. Al terminar y consultarlo al profesor me contestó: había que poner “*si o no*”, monosílabos los tres, o si lo prefieres “*tal vez*”. Me puso un 8. Pero de esta nota me acuerdo por otra razón que es también la razón por la que cito la anécdota. Y es que cuando hice mi primera visita al despacho del nuevo Catedrático, Vigil me saludó diciendo: “*Usted es el del 8*”. Luego curiosamente y como si fuera una premonición resulta que mi consulta se refería a los Polinomios de Legendre, como ya he dicho al principio.

Pero en aquellos días también solía yo ver a Vigil en otro ambiente fuera de la Facultad. Residía él a su llegada en el Colegio Mayor Cerbuna y con frecuencia iba, acompañado de algunos estudiantes residentes también allí, a la Cervecería Munich de la Plaza de San Francisco donde sentados en una mesa, que por cierto era una rodaja auténtica de un tronco de árbol, tomaban un café y jugaban al mentiroso, que no recuerdo muy bien como era pero sí que se jugaba con unos dados de póquer metidos en un vaso de cristal que se agitaba. Los dados no se lanzaban, se posaban en el fondo del vaso tapado por la palma de la mano de quien tiraba. Cuando les comentaba a mis compañeros del Xavierre, donde yo vivía, que aquél era un Catedrático recién llegado no me creían. Al decirles que venía del extranjero decían “*Ah! Bueno*”. La escena en la España de la época era insólita. Y es que Vigil vino a enseñarnos entre otras muchas cosas que el mutuo respeto debido no es incompatible con la convivencia en la normalidad. Ni que decir tiene que aquellos compañeros de juego se dirigían al profesor con el respeto debido, diciendo “*le toca a Usted D. Luis*”; el tuteo no estaba ni previsto. A propósito de esto, del tuteo, diré que a lo largo de los años en alguna ocasión me propuso Vigil que nos tuteáramos. Yo siempre le pedía que lo hiciera él pero que me permitiera a mí seguir tratándolo de Usted porque el tú me haría sentirme raro. Nunca quiso aceptar el trato a medias así que me siguió usteando (el término es suyo) para siempre. Quizá era uno de los principios de que hablábamos antes.

No recuerdo cuanto tiempo pasó en el Cerbuna hasta que se instaló con su familia en su casa de la Residencia de Profesores de la

Universidad dentro del Campus, pero a pesar de que en alguna ocasión me dijera que estuvo tentado de volverse a Venezuela yo creo que lo hacía como se dice con la boca pequeña porque enseguida lo vimos totalmente integrado en nuestra Universidad, donde poco a poco se fueron notando y contagiando los aires nuevos que él traía. Los alumnos empezábamos a ver al profesor más cercano y a ser conscientes de que su tarea incluía el interés por sus alumnos y no solo en lo referente al correcto aprovechamiento de sus explicaciones sino en todos los aspectos. El caso es que, sin necesidad de dar muestra alguna de autoritarismo, se hizo acreedor a un respeto y valoración totalmente sinceros por parte de cuantos asistíamos a sus clases, en las que disfrutábamos tanto cuanto aprendíamos, que era mucho, por sus magistrales dotes y recursos docentes. Recuerdo que en ocasiones utilizaba citas bíblicas para hacer comprender algunos conceptos, así para explicar la determinación de una función por sus coeficientes de Fourier o por sus valores sobre la frontera de su dominio se refería a la frase *“por sus obras los conoceréis”*. Pues bien, yo diría que esa misma frase se la aplicaba a sí mismo en relación al acierto de sus explicaciones. No quiero dejar pasar la ocasión sin referir un hecho que también nos resultó insólito a los que lo presenciamos y a cuantos luego se lo referimos. El caso es que durante el curso 68-69 en la clase de Geometría en la Universidad Complutense unos supuestos alumnos habían arrojado un tintero al profesor Pedro Abellanas. Ese año yo no era ya alumno de Análisis 2º pero a veces asistía a las clases y aquel día estaba presente en el aula cuando llegó Vigil, que subió a la tarima y dijo: *“En solidaridad con un compañero salvajemente agredido hoy no voy a dar clase”* y se marchó sin decir nada más. Yo tampoco añadiré nada.

Personalmente son muchas las cosas que Vigil me enseñó y muchos los motivos por los que le estoy profundamente agradecido. Desde luego mi formación matemática. De él heredé usos, formas y costumbres de los que me siento orgulloso. La manera por ejemplo de abordar la resolución de un problema, la actitud a la hora de dar clase en el encerado (como él lo llamaba), las explicaciones con la máxima sencillez posible y siempre sin apuntes ni guion. Todo ello trato de imitarlo día a día, aunque tengo la sensación cada vez de no lograr la perfección que él conseguía. Incluso me contagió o aprendí de él un gesto que consiste en elevar una sola de las dos cejas, transmitiendo

con él la sensación por una idea que llega a la mente para resolver una cuestión matemática o la sorpresa por un acontecimiento imprevisto de cualquier tipo. Lo cierto es que todo lo hacía con naturalidad, pero con una elegancia indescriptible. Y es que no cabe duda de que se trataba de un hombre elegante en todos los aspectos, en su trato, en su forma de estar, en su lenguaje, etc. Pero también en su aliño indumentario. Y a propósito de esto último tengo que confesar que nunca conseguí entender cómo podía arreglarse para no mancharse del polvo de la pizarra otra cosa que no fueran los dedos de la mano. Su chaqueta y sus zapatos salían de clase immaculados.

En relación a su elegancia en el lenguaje he de decir que pocas personas he encontrado que conocieran y dominaran el castellano como él. Yo, que por mi condición de castellano viejo soy un ferviente amante del idioma y siento una afrenta cada vez que veo en la prensa escrita un error ortográfico o escucho en la radio y en la televisión expresiones gramaticalmente incorrectas, cosa que sucede varias veces cada día, no puedo dejar de valorar significativamente a quien hace un uso impecablemente correcto de nuestra lengua en sus expresiones verbales. “*No ponga Usted alumbrado*”, me corregía en una ocasión. “*Alumbrado puede interpretarse como bebido*”. Claro que su conocimiento del castellano no se limitaba al hablado en España, se extendía al utilizado en Sudamérica. “*Allí no coja ni tire Usted nada, y tenga cuidado del nombre que utiliza para referirse a algunas frutas muy sabrosas*”. Su léxico no solo era correcto sino amplio. En una ocasión hicimos en el Departamento (de Teoría de Funciones le llamábamos entonces) una apuesta con Pepe Garay, quién podía reproducir de memoria un número que le escribíamos con una cantidad enorme de cifras (no recuerdo cuantas pero eran muchísimas) y era capaz también de repetir una larga secuencia de palabras que se le habían dictado a un ritmo moderado. Garay ganó la apuesta a todos hasta que llegó el turno de Vigil, Le dictó primero una lista de palabras de riguroso castellano que él manejaba pero que a los demás nos sonaban remotamente o simplemente desconocíamos y luego a modo de revancha una lista de nombres de pila todos ellos en el santoral. Ganó Vigil las dos. Comentando en alguna ocasión cuestiones lingüísticas u ortográficas me contaba cómo eran los dictados que él recordaba de su adolescencia y me quedé con una frase sacada de uno de ellos donde se decía: “*En la Plaza de la Cebada tuvo lugar una batalla nabal*”. Esta

última palabra, nabal, había que escribirla con b alta, pues por aquella plaza nunca había pasado barco alguno y se ve que las legumbres se usaban como arma arrojadiza. En fin, era envidiable la cultura de este hombre en todos los aspectos.

Desde la llegada de Vigil a Zaragoza en el año 67 hasta el 75 en que yo me trasladé fuera de allí mis encuentros con él tenían lugar prácticamente a diario. A partir de entonces seguimos manteniendo el contacto a distancia. Recuerdo que cuando le llamaba desde la Universidad de La Laguna me saludaba diciendo “¿desde qué continente me habla?”. Naturalmente era yo quien con frecuencia le pedía ayuda y consejo. Sus consejos eran siempre peculiares por la delicadeza con que los daba, “*puede Usted hacer esto, o también esto otro, dependiendo de tal o cual,....*”. Su opinión quedaba clara si uno quería leer entre líneas, pero por si acaso no se seguía al pie de la letra él siempre dejaba una salida cómoda y airosa para ambos, como si quisiera dejar claro que esa opinión no debía ser vinculante, pero sin necesidad de decirlo así. La relación más cercana y directa la recuperamos cuando yo me instalé en Santander, durante los veranos que él pasaba allí. Era el momento en el que podía leer novelas, una de sus aficiones preferidas que me decía que era habitual para él en Venezuela pero que en Zaragoza nunca encontraba tiempo para disfrutarla. Le gustaban especialmente las novelas policiacas. Conservo una colección de varios autores famosos del género encuadernada en piel que él me regaló y de las que este verano he releído algunas mientras escribía estas líneas. Tuve la suerte de que el apartamento que él ocupaba estaba justo al lado de mi casa, de manera que por la mañana nos saludábamos por la ventana, luego nos veíamos a veces en la playa, que él aprovechaba entonces más que yo y donde descubrí que era un buen nadador. Yo no he pasado de mantenerme a flote con dificultad. Cuando nos juntábamos a comer yo procuraba que hubiera salmonetes en casa, en primer lugar porque era de sus pescados preferidos pero también por la maestría con que los diseccionaba con el tenedor y la pala sin desperdiciar ni una pizca de ellos dejando un esqueleto perfecto. Nunca se lo dije pero yo disfrutaba viéndolo. Por la noche con frecuencia le gustaba asistir al Festival Internacional de música que aquellos primeros años todavía se representaba en la Plaza porticada. Cuando se inauguró el faraónico Palacio de Festivales, más cómodo y moderno, Vigil añoraba a veces el sabor especial de la vieja carpa. Y así transcurría el verano en

Santander. Recuerdo que en una ocasión me dijo “*uno nace donde Dios quiere y se muere en el pueblo de su mujer*”. No sé si sus proyectos de futuro entonces eran cumplir con ese dicho, pero desafortunadamente los acontecimientos posteriores no le dejaron la opción.

Para concluir diré que he tratado de referir hechos y anécdotas procurando no emitir opiniones para que cada uno pueda valorarlos como considere oportuno. Supongo no obstante que en ocasiones no he podido evitar mis propias conclusiones. Por otra parte la memoria ya me traiciona con frecuencia y a veces me juega malas pasadas, de manera que algunas de las cosas referidas pudieran no ser exactamente como yo las he contado. Pero creo que si así ha sido ello no afecta a la visión de conjunto de la personalidad del Profesor Vigil. Como diría Palacio “*si non è vero, è ben trovato*”.

Al empezar a escribir estas líneas pensé terminarlas con los versos que Antonio Machado dedicó a Francisco Giner de los Ríos, no tanto como homenaje al Maestro, que también, sino pensando en el mensaje que él nos transmitiría a nosotros. Sin embargo al releerlos luego he cambiado de idea porque he visto que sólo una parte del poema se adaptaba a mi objetivo. Así que sin cambiar de poeta voy a recordar las últimas estrofas del autorretrato de Machado

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.

A mi trabajo acudo, con mi dinero pago

el traje que me cubre y la mansión que habito,

el pan que me alimenta y el lecho donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje,

y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,

me encontraréis a bordo ligero de equipaje,

casi desnudo, como los hijos de la mar.

Jaime Vinuesa

Octubre de 2014

iuma.unizar.es/ixeita2014

IX EITA RESEARCH MEETING IN APPROXIMATION THEORY

En el centenario del nacimiento de D. Luis Vigil y Vázquez (1914-2003)



M. Alfaro (UZ)	F. Marcellán (UC3M)	C. Sangüesa (UZ)
M. P. Alfaro (UZ)	D. Rodríguez (UZ)	J.L. Torrea (UAM)
R. Álvarez-Nodarse (US)	M. Romance (URJC)	R. Villa (US)
C. Lizama (Usach)	J. Sánchez-Dehesa (UGr)	J. Vinuesa (UCan)

Alquézar
17-19 de octubre de 2014